

Aportes de la fe cristiana a la educación en la sociedad actual¹

Javier María Prades López*

Resumen

En la actualidad existe una importante preocupación en torno a la educación, tarea decisiva de cualquier sociedad, y al fracaso del modelo actual, marcado por la sociedad neoliberal altamente hipercognitiva. Dos son las causas fundamentales de esta situación: el adormecimiento del deseo y del interés por parte de los jóvenes; y el debilitamiento del yo a consecuencia de la ruptura, si no rechazo, del nexo entre el ser y la realidad. El presente artículo propone la necesidad de, por un lado, despertar el deseo y, por otro, recuperar el nexo con la realidad; lo que se consigue principalmente mediante el testimonio, categoría teológica que sintetiza el aporte propio que la fe cristiana puede ofrecer en el actual contexto de emergencia educativa.

Palabras clave

Asombro, Deseo, Educación, Emergencia educativa, Ser-Realidad, Testimonio.

¹ Una versión similar de esta conferencia ha sido impartida en el *54º Congreso Nacional de Educadores* organizado por Consudec (Rosario, Argentina 2017). He tratado de estas cuestiones en algunas intervenciones de las que me sirvo para la preparación del texto: «El testimonio cristiano en el ámbito educativo: carácter integral de la experiencia educativa»: ponencia en la *XXVI Jornada Diocesana de Enseñanza* (Madrid, 5-III-2011); «El testimonio de los educadores ante las interpelaciones de la nueva evangelización»: ponencia en el *Congreso de Profesores «Nueva Evangelización, Nueva Escuela. Redescubrir la alegría de la fe»*, organizado por la Delegación Episcopal de Enseñanza (Madrid, 9-III-2013); *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural* (= Estudios y Ensayos nº 184) BAC, Madrid 2015. XXV + 464 pp.

* Licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Madrid. Doctor en Teología por la *Pontificia Università Gregoriana* (Roma). Catedrático de Teología Dogmática I de la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica de «San Dámaso» (Madrid), donde es Rector. Miembro de la Comisión Teológica Internacional.

Abstract

At present there is an important concern about education, a decisive task of any society, and the failure of its present model, marked by the neoliberal and hyper-cognitive society. There are two fundamental causes for this situation: the torpor of desire and interest of youth; and the weakening of self as a consequence of breaking or even rejection of the linkage between being and reality. The present article proposes the necessity of, on the one hand, awakening the desire and, on the other hand, recovering the linkage with reality; which can be achieved principally by testimony, theological category that synthesises the contribution christian faith can offer to the current context of educational emergency.

Keywords

Admiration, desire, education, educational emergency, being-reality, testimony

Introducción

La educación es la gran cuestión del adulto. Es decir, es nuestra preocupación como maestros o responsables de escuelas, como padres de familia, como sacerdotes, religiosos o religiosas, sencillamente como hombres y mujeres que quieren comunicar a otros más jóvenes algo que consideran decisivo para el bien de sus vidas.

Sabemos bien que la educación es un fenómeno complejo y que conlleva muchos niveles de actuación. Dejaré por tanto muchos aspectos de la tarea que hay que desarrollar diariamente en un centro, para ocuparme de lo que considero decisivo: lo relativo a la persona del educador. Dicho de otro modo, no tengo recetas de aplicación fácil o especiales sugerencias sobre tecnologías o programas para la educación –algo que tampoco sabría hacer, por otro lado, y para lo que hay buenos especialistas–, sino que me voy a referir principalmente a nosotros, los que estamos aquí, los adultos que deseamos educar. Y lo voy a hacer –como no puede ser de otra manera– en la perspectiva que nos es propia, la de cristianos que queremos comunicar a los jóvenes lo más bello y más grande que ha sucedido en nuestra vida: el encuentro con Cristo vivo en su Cuerpo que es la Iglesia.

Cuando digo que no voy a ocuparme de muchos aspectos por así decir técnicos o institucionales del sistema educativo, ¿estoy con ello abogando, nada más empezar, por una especie de abandono o minusvaloración del sistema, sus

estructuras y sus leyes? En absoluto, persigo exactamente el propósito opuesto: ver cuál es el mejor modo posible de volverlo útil, para que cumpla su finalidad. La inversión pública y la de iniciativa social en el campo educativo, así como una legislación adecuada, es decisiva para poder ofrecer más y mejores recursos a los educadores. Es una dimensión irrenunciable de cualquier política educativa. Gracias a una mayor disponibilidad de medios económicos y humanos no cabe duda de que se pueden crear condiciones objetivas más adecuadas para superar obstáculos estructurales y fomentar una mejor educación.

Desde ese marco será más fácil situarnos como educadores en un punto de partida abierto a la totalidad de los factores de lo real, porque si en el arranque aceptamos una perspectiva reducida de lo que es educar, las posibilidades de respuesta convincente se evaporan. No faltan observadores avisados, en el propio campo educativo, que denuncian estas concepciones reductivas de la tarea que nos compete como educadores. Conviene insistir en que las dificultades más serias no derivan del aspecto institucional y estructural cuanto tales, sino más bien de una concepción disminuida de la educación. Así Massimo Recalcati critica que la escuela neoliberal exalta la adquisición de las competencias y la primacía del hacer, y suprime, o relega a un rincón apartado, toda forma de conocimiento no relacionado de manera evidente con el dominio pragmático de una productividad concebida sólo en términos economicistas (por ejemplo, la filosofía o la historia del arte en la escuela secundaria) [...] Hoy prevalece un modelo hipercognitivo que aspira a emanciparse por completo de toda preocupación por los valores, para fortalecer las competencias orientadas a resolver problemas en lugar de a saber planteárselos².

Debemos indagar en el dinamismo propio de la relación educativa entre profesor y estudiante, entre los centros educativos y las familias, entre los padres y los profesores, en el entramado que constituye la comunidad educativa en sentido amplio, para orientarnos desde el principio a una visión no reductiva del fenómeno educativo en el contexto social y cultural de hoy, no en el de hace diez o veinte años. Debemos identificar las cuestiones que afectan al mundo educativo tal y como se presentan actualmente y que nos permitan elaborar o recuperar el pacto educativo en la sociedad. El debate está ahora mismo abierto en España, como sabemos, y podemos además remitirnos sin duda al Papa Fran-

² M. RECALCATI, *La hora de clase. Por una erótica de la enseñanza*, Anagrama, Barcelona 2016 (orig. ital. 2014) p. 21. Se puede ver J. PRADES, «Los maestros y el deseo de conocer»: *El Mundo* 24 de febrero de 2017. p. 6. <http://www.elmundo.es/opinion/2017/02/24/58af24eee2704edf2f8b45dc.html>

cisco cuando advierte que «el pacto educativo está roto y que hay que recomponer el pacto educativo»³.

1. En el mundo de hoy

Educar es una tarea decisiva para cualquier sociedad y en cualquier época. ¿Qué diferencias hay respecto al pasado? Hoy es habitual hablar de una «emergencia educativa», ¿qué elementos la caracterizan? Las estadísticas y estudios nacionales e internacionales nos ofrecen datos actualizados e interpretaciones que realmente justifican la calificación de «emergencia»⁴. Balart y Cabrales comentan los resultados del informe PISA sobre España y señalan que en una comparativa internacional, los malos resultados que obtiene España en las pruebas PISA son en gran parte consecuencia de su alto decaimiento en el rendimiento. Estos resultados, sugieren la posibilidad que una de las debilidades de los estudiantes españoles esté relacionada con sus habilidades no cognitivas como podrían ser el esfuerzo, la motivación o la perseverancia⁵.

No es poca cosa identificar una causa de los malos resultados del sistema educativo español y localizarlo precisamente en el «decaimiento del rendimiento». Para comprender esta constatación empírica podemos volver a Recalcati cuando se pregunta de manera provocativa: «¿Puede contentarse la práctica de la enseñanza con quedar reducida a la transmisión de la información –o, como prefiere decirse, de competencias–, o debe mantenerse viva la relación erótica del sujeto con el saber?». ¿En qué consiste esta «erótica del saber» o de la enseñanza? El mismo autor lo aclara: «La erótica de la enseñanza se sustenta sobre el amor por el saber que es amor por una carencia que nos atrae y causa el deseo de conocer». Si no se trata tan sólo de fomentar las competencias cognitivas sino

³ PAPA FRANCISCO, Discurso al encuentro mundial de Scholas occurrentes (San Pedro, 04.09.2014).

⁴ Se pueden consultar, a modo de ejemplo: MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE, *Panorama de la educación. Indicadores de la OCDE 2016* (<http://www.mecd.gob.es/dctm/inee/eag/panorama2016okkk.pdf?documentId=0901e72b82236f2b>); CONSEJO ESCOLAR DEL ESTADO, DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE, *Informe 2015 sobre el estado del sistema educativo* (<http://ntic.educacion.es/cee/informe2015/i2015cee.pdf>); P. BALART – A. CABRALES [Universidad Carlos III y UCL Economics], «La maratón de Pisa: la perseverancia como factor del éxito en una prueba de competencias», en: Aa. Vv., *Reflexiones sobre el sistema educativo español*, Fundación Ramón Areces – Fundación Europea Sociedad y Educación, Madrid 2015, pp. 75-109;

⁵ BALART - CABRALES, a.c., pp. 104-106.

de redescubrir y educar competencias no cognitivas, como la motivación, y si la educación reclama una «erótica», es decir un descubrimiento y acompañamiento del amor por el saber, por el deseo de conocer, hemos encontrado un punto de partida sólido. Intentemos adentrarnos en las muchas cuestiones que éste sugiere, tomando un poco de perspectiva respecto al ámbito escolar estricto que nos permita luego volver a él con más acierto y eficacia.

1.1. El adormecimiento del deseo

Señalemos, de entrada, el llamativo proceso de adormecimiento de los deseos e intereses de los jóvenes. Se ha llegado a hablar de una especie de sopor que les lleva a permanecer como ausentes, en una posición pasiva en la que no se asimila lo que se oye o se lee porque alrededor hay una mentalidad dominante, favorecida por el poder, que envuelve al joven y lo empobrece en su energía vital. No es infrecuente encontrarnos por otro lado con una ausencia de proyectos duraderos y de largo alcance para el futuro. Pensemos especialmente en tantos jóvenes que se encuentran medio abandonados y en riesgo de exclusión, ya casi fuera del sistema educativo o familiar, sea porque emigraron y no lograron integrarse o por la desestructuración de las familias y las precarias condiciones de estudio y trabajo.

Hay una mentalidad dominante que fomenta ese adormecimiento de los deseos, como señalaba en su día el Arzobispo Jorge Mario Bergoglio:

Los sistemas mundanos intentan tranquilizar al hombre, anestesiar su deseo de ponerse en camino con propuestas de posesión y de consumo [...] De este modo el hombre se ve alienado frente a la posibilidad de reconocer y de escuchar el deseo más profundo de su corazón. Sorprende la gran cantidad de excusas que manipulan el deseo [...] y ofrecen una paz aparente a cambio⁶.

Estas dificultades por así decir, externas al joven, se interiorizan y acaban afectando a la comprensión de sí mismo. Es como si uno se volviera extraño a su propia experiencia, como si no tuviera energía para el criterio y la acción, y le resultara fácil dejarse arrastrar por un entorno exterior, incluso contra su oscura intuición de que no es eso lo que querría. Con frecuencia esa voz tenue queda sepultada bajo la montaña de factores apuntados y no hay con quién confrontarlo. Con las debidas diferencias, el denominador común es el de una sole-

⁶ J. M. BERGOGLIO - FRANCESCO, *La bellezza educherà il mondo*, EMI, Bologna 2014, p. 14. Mi traducción del italiano.

dad de los jóvenes, incluso cuando están en pandilla o conectados por las redes sociales⁷. Es como si fueran incapaces de estar de verdad consigo mismos, como si nunca estuvieran en casa en ningún sitio. Se trata de ese tipo de soledad por el que un joven apenas puede permanecer en silencio, por así decir, consigo mismo, sin que sienta la urgencia de huir, de distraerse, para autoafirmarse de modo egoísta, desentendido de los demás que le sirven de excusa para vivir «ausente de sí y vuelto sobre sí». La consecuencia real de esa extrañeza sobre sí mismo es la extrañeza para con los otros: nada logra implicarlos para un compromiso estable consigo mismo, con los compañeros, con la sociedad.

1.2. La paradoja actual: ¿interés o desinterés?

Sin embargo, algo parece fallar en este diagnóstico, porque a primera vista los jóvenes de hoy se nos muestran –casi por el contrario– absorbidos por muchísimas cosas: objetos, actividades (desde la música al cine, desde el deporte a las relaciones afectivas, etc...), iniciativas a la medida de una oferta casi inabarcable que se les presenta ante los ojos. Hablar de desinterés o apatía, ¿no contradice el panorama que vemos ante nosotros, donde los jóvenes están llenos de actividades, a veces exasperadas o incluso violentas cuando se mezclan con alcohol o drogas? La cuestión merecería una profundización, pero parece posible, no obstante, sostener que esa actividad, o incluso hiperactividad, no contradice el diagnóstico sino que más bien lo confirma en cuanto que dejaría intacto el núcleo de la dificultad que queremos examinar.

Muchos jóvenes consumen rápidamente lo que encuentran, que se vuelve efímero entre sus manos, para volver antes o después a un desinterés o un aburrimiento, que puede hasta degenerar en violencia. Comprender a fondo esta paradoja es uno de los objetivos de nuestro recorrido educativo. Para ello debemos tener la paciencia de entrar despacio en la comprensión de la experiencia humana, aquella en la que por una parte brota una gama casi ilimitada de deseos y de impulsos para lograr la felicidad, y aquella en la que al mismo tiempo puede llegarse a vivir una soledad paralizante. Nos jugamos la tarea educativa en el diagnóstico que ofrezcamos sobre esta situación.

⁷ Ya se han hecho «clásicas» las advertencias de Sherry Turkle sobre la incomunicación y la soledad de los universitarios en el mundo de la hiperconectividad de las redes sociales. Véase por ejemplo, recientemente: <http://www.elmundo.es/sociedad/2017/02/08/5899b34346163fb5248b45a6.html> (consulta 08.02.2017).

1.3. El «debilitamiento del yo»

La hipótesis que quiero proponer es que el mayor desafío para la educación reside en lo que llamaría un debilitamiento de la experiencia común del hombre, es decir, de aquel núcleo irreductible de evidencias y exigencias que constituye el corazón de la persona en su relación con la realidad, como pueden ser la belleza, el bien, la verdad, la justicia, la unidad, el amor, la felicidad... Tales evidencias y exigencias son el motor primero y el fin último de los deseos que los jóvenes manejan, y con frecuencia se viven de un modo debilitado, empobrecido.

Cuando digo debilitamiento del yo me refiero a lo que María Zambrano formuló de este modo: «Lo que está en crisis es este misterioso nexo que une nuestro ser con la realidad, algo tan profundo y fundamental, que es nuestro íntimo sustento»⁸. Aunque se podría pensar que ese debilitamiento es sobre todo de naturaleza psicológica o moral –y no faltan desde luego esas consecuencias– creo que su raíz más profunda es antropológica y cognoscitiva. ¿Por qué se consumen deprisa los deseos, por qué la relación con el mundo incluso cuando momentáneamente ha movilizad o la energía del joven o del adulto, termina en una pasividad o un aburrimiento, en una soledad?

La dificultad reside en la falta de entrenamiento, de ejercicio, para reconocer y acoger la realidad tal y como nos aparece inmediatamente –es decir, manifestando su fundamento misterioso– sin plegarla a la medida de lo que uno ya cree saber de antemano. Hoy estamos expuestos a reducir la realidad del mundo y de las personas a objetos de nuestro dominio o disfrute y, con ello, a quedarnos en la superficie de la vida. Ésta es, a mi modo de ver, la raíz del problema y sobre ella debemos trabajar. Para comprender mejor la dificultad, me permito referir una anécdota, que procede del campo musical: «Un director general de una compañía tenía una entrada para asistir a un concierto, donde se interpretaba la Sinfonía nº 8 Incompleta, de Schubert. Como no podía ir, le regaló la entrada al jefe de personal. Al día siguiente, le preguntó si le había gustado el concierto, y el jefe de persona le respondió: «a mediodía tendrá en su mesa mi informe». Cuando recibió el informe que nadie había pedido, el director general leyó con sorpresa su contenido dividido en cinco puntos: 1º) Durante considerables periodos de tiempo, los cuatro óboes no tienen nada que hacer, se debería reducir su número y distribuir su trabajo en el resto de la orquesta, eliminando picos de

⁸ M. ZAMBRANO, *Hacia un saber del alma*, Alianza, Madrid 2001, p.104.

actividad; 2º) los doce violines estuvieron tocando la misma nota por lo que la plantilla de violinistas debería reducirse drásticamente; 3º) no sirve para nada que los metales repitan sonidos que ya han sido interpretados por las cuerdas; 4º) si estos pasajes redundantes fueran eliminados el concierto podría reducirse a la cuarta parte; 5º) si Schubert hubiera tenido en cuenta estas indicaciones hubiera acabado su sinfonía».

Hasta aquí la anécdota que hace sonreír. Pero lo que le pasó a ese director de personal con la música podría sucedernos con el conjunto de la vida, y ya no provocaría sonrisas. Si mantuviéramos esa postura frente a todas las cosas, incluso aquellas que inicialmente mueven el deseo, no llegaríamos a conocer de verdad lo que la realidad nos ofrece (el trabajo, el estudio y el tiempo libre, el amor, la amistad, pero también la enfermedad o la muerte) y no percibiríamos su misterio, quedándonos en la pura superficie previsible de la apariencia, entusiasmante o anodina, excitante o dolorosa según los casos. Porque la vida no es sólo una primera apariencia sino que las circunstancias despiertan originalmente en el hombre un asombro, una atracción única, en cuanto orientan a un fundamento misterioso, a un más allá infinito que aparece como promesa desde dentro de la realidad misma, y corresponde a las exigencias infinitas de verdad, bondad y belleza que constituyen su corazón en la apertura a Dios. Por eso, si no aprendemos a mirar y acoger la realidad en toda su profundidad, hasta tocar su misterio, todos los aspectos –ya sean bellos o dolorosos– con los que nos alcanza se nos escapan entre los dedos. Se multiplican los deseos pero no se cumple el deseo profundo de felicidad. Esta extraña incapacidad alcanza lógicamente a la conciencia de sí mismo: Se hace difícil que uno perciba que es en sí mismo un misterio, que vive en relación constitutiva con el Misterio de Dios a través de su estar en la realidad.

Llamamos a este fenómeno «debilidad del yo» porque nos debilitamos en el conocimiento del sentido completo del mundo, de los demás hombres y de nosotros mismos, quedándonos en la superficie esquemática o ideológica de las cosas, y por eso se ha llegado a afirmar que el tipo humano producto de la sociedad postindustrial es un «*anima technica vacua*» (Von Balthasar).

Según esa mentalidad, difusa también en el ámbito educativo, las cosas y las personas se estudian y se describen como objetos sin otra finalidad que no sea ver hasta dónde llegan las aptitudes técnicas o científicas del hombre. En lugar de la apertura a lo real y su acogida amorosa, se busca someter lo real, en un doble sentido: como afirmación de un poder que no admite límites éticos y, consecuentemente, como autodefensa del hombre pues sospecha que lo real

puede constituir una amenaza a ese intento de poder ilimitado. Comprendemos enseguida que a partir de estas premisas no tarda en difundirse una «cultura del descarte» porque una vez que las cosas y las personas no se ven en el alcance de su verdadera dignidad fácilmente pueden verse manipuladas o excluidas. Baste pensar en las consecuencias para el medio ambiente de una mirada reductiva sobre la realidad creada, que sólo vea en ella los recursos para satisfacer la propia actividad, y carezca de sensibilidad para comprender que todos los elementos de la creación forman parte de un designio orientado al bien de todos en la familia humana. Esas graves consecuencias morales tienen su origen en el proceso de debilitamiento del yo que venimos describiendo. Y si no se ataca en la raíz, las meras exhortaciones a cambiar de comportamiento terminan por ser ineficaces.

El camino que tiende a hacer del hombre tan sólo un experto en algún campo de la ciencia o la técnica, ¿deja margen para buscar un conocimiento que no termine en mera información sino que alcance la sabiduría como reclamaba Thomas S. Eliot?⁹ Juan Ramón Jiménez evocaba bellamente esta necesidad de no descuidar el misterio de la propia persona: «Todos los días, yo soy yo, pero ¡qué pocos días yo soy yo! [...] ¡Ve despacio, no corras, que el niño de tu yo, recién nacido eterno, no te puede seguir!»¹⁰. Cuando se pierde de vista esta necesidad de comprender el significado completo de la experiencia personal, la acumulación de conocimientos parciales no lleva a una maduración, a un incremento de la personalidad de quien adquiere tales conocimientos. El conocer verdadero por el contrario está llamado al reconocimiento de la realidad como *signo*, como un «dato» que proviene de Otro y es portadora de un significado irreductible a la propia precomprensión, y, en última instancia, tiende a la unidad amorosa con esa realidad y su significado, que respetamos precisamente porque comprendemos en su verdadera condición y dignidad.

1.4. De la separación de la realidad a su rechazo

La separación del hombre respecto a la realidad y respecto a sí mismo desemboca en el rechazo de un fundamento último ya sea inmanente o –desde

⁹ «¿Dónde está la vida que hemos perdido viviendo? / ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento? / ¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?»: T. S. ELIOT, *Coros de «La Piedra» I*, en *Poesías reunidas 1909-1962*, Alianza, Madrid 1999, p.169.

¹⁰ J. R. JIMÉNEZ, *Eternidades*, Visor, Madrid 2007, poemas LVI y XXXVI.

luego– trascendente. La debilidad en el reconocimiento y la adhesión a la verdad completa de lo real se traduce en una opción de la libertad que se posiciona en contra de lo que hay frente a sí mismo y no se somete al propio cálculo. Arendt trazaba la parábola de la modernidad occidental como una progresiva pérdida de confianza en la realidad, que reniega del agradecimiento original –propio de la experiencia elemental– en aras de una postura hoy muy difusa prácticamente y que ella denomina «resentimiento» ante la realidad. Se trata de un factor que puede tener gran importancia para la tarea educativa.

Ese rechazo se pone de manifiesto en dos consecuencias principales del debilitamiento del yo. Por una parte *se pierde la capacidad de asombro* y estima por el misterio de la realidad, reduciéndola a pura apariencia y convirtiéndola en mero objeto de dominio y consumo, ya sea para obtener mayor poder, mediante el uso ideológico de la ciencia y la técnica, ya sea para obtener mayor satisfacción, reduciendo a las personas a objeto de intercambio de un placer que pierde su gozo real¹¹. Por otra parte, *el sujeto así separado de la realidad y su significado último no se hace más poderoso* –como pretendía– sino, al contrario, más vulnerable, más frágil, más inseguro. En la vida cotidiana el hombre medio vive separado de su propia experiencia original a la hora de reconocer el significado eterno de su trabajo, el valor definitivo de sus relaciones afectivas, o la urgencia de construir una sociedad más justa, por citar algunos aspectos de la vida. Está cada vez más a merced de las campañas mediáticas de opinión o de la publicidad de masas, en una sociedad que no por casualidad enfatiza el ocio, la «di-versión» como evasión de la realidad, pero sobre todo, evasión de sí mismo. De esto hemos hablado al inicio.

Observamos así que muchos hombres con los que nos encontramos en nuestros días –quizá podemos llamarlos posmodernos– están debilitados e inseguros, y en vez de abrirse a la pregunta por su felicidad, al menos en la modalidad de la nostalgia, de la insatisfacción o del dolor, se vuelven a cerrar en un «criticismo exasperado», que rechaza la existencia de cualquier aspecto de la realidad que no le confirme en su pretensión de ser arbitrariamente ilimitado: «Todo me es debido» sería hoy el lema de muchos, jóvenes y no tan jóvenes.

¹¹ Se puede ver a este propósito: R. SPAEMANN, *El rumor inmortal*, Rialp, Madrid 2010, p.152.

2. Por dónde se vuelve a empezar: despertar el deseo hasta alcanzar el significado

Ante este diagnóstico, que podría resultarnos quizá abrumador, ¿hay margen para volver a empezar, para retomar con confianza el proceso educativo? ¿Sigue siendo posible educar? George Steiner no se ha resignado nunca a esa postura derrotista o quejumbrosa que conocemos bien en nuestras salas de profesores... El gran humanista proclama en cambio que la verdadera relación entre maestros y discípulos puede siempre renacer y ofrece esta justificación: «Creo que lo hará, aunque sea en una forma imprevisible... *La libido sciendi*, el deseo de conocimiento, el ansia de comprender, está grabada en los mejores hombres y mujeres. También lo está la vocación de enseñar»¹². Nuestro gran recurso es precisamente el deseo de aprender, el deseo de conocer. Comparto el diagnóstico de Steiner porque, a mi juicio, tenemos un formidable aliado que nos permite afrontar la tarea con gran esperanza: el corazón humano. Podríamos multiplicar la descripción de los factores de riesgo que fomentan la debilidad del yo, esa «anestesia» a la que se refería recientemente el Papa. Pero nada podrá impedir que en cualquier joven o cualquier adulto perviva siempre un «punto inflamado» como lo llamaba Cesare Pavese y que podríamos ilustrar con tantos ejemplos –a veces muy dramáticos, y como en claroscuro– en la vida cotidiana, en la sociedad y la cultura (desde la música al cine...). Añade Steiner:

Hasta en un nivel humilde –el del maestro de escuela–, enseñar, enseñar bien, es ser cómplice de una posibilidad transcendente. Si lo despertamos, ese niño exasperante de la última fila tal vez escriba versos, tal vez conjeture el teorema que mantendrá ocupados los siglos». *Si lo despertamos...* ¡Este es el meollo de nuestro reto como educadores! Es el punto de Arquímedes en el que apoyar nuestra revolución educativa. El entonces cardenal Bergoglio lo describía con eficacia: «el hombre no es un ser tranquilo en sus propios límites sino que es un ser ‘en camino’ y cuando no entra en esa dinámica se anula como persona, o se corrompe. Ponerse en camino se debe a una inquietud interior que empuja al hombre “a salir de sí”. Hay algo fuera y dentro de nosotros que nos llama a emprender el camino»¹³.

No es difícil evocar la inquietud agustiniana como indicio existencial de la profundidad y la amplitud original del corazón humano, que puede ser anes-
tesiado o herido pero no destruido. El entonces cardenal Ratzinger ya hace años pensaba que la fe puede tener esperanza «porque corresponde a la naturaleza

¹² G. STEINER, *Lecciones de los maestros*, Siruela, Madrid 2004, pp.172-173.

¹³ J. M. BERGOGLIO - FRANCESCO, *La bellezza*, o.c, p. 8.

del hombre. En el hombre vive un anhelo y una nostalgia inextinguibles de lo infinito¹⁴.

Por eso el verdadero educador estará muy atento para evitar una utilización de los recursos educativos que adormezca el deseo de los estudiantes. Así lo pensaba Bergoglio: «la disciplina es un medio, un remedio necesario al servicio de la educación integral, pero no puede transformarse en una mutilación del deseo [...] el deseo que es la presencia de un bien positivo y que siempre crece, cuya estructura pone en movimiento hacia un “más”. El deseo de la verdad procede de encuentro en encuentro»¹⁵. Por eso el desafío para nosotros, que somos educadores, que somos adultos, es la cuestión del despertar el deseo. ¿Cómo enseñar a nuestros estudiantes a no temer la búsqueda de la verdad? ¿Cómo educarlos a la libertad? ¿Cómo hacer para que estén inquietos en la búsqueda? Es de todo punto esencial el modo en que acompañamos su relación con la realidad, con las cosas, precisamente para que la perciban en toda su profundidad, en su apertura al significado completo hasta el Misterio. De otro modo, la realidad perderá su atractivo y el yo se debilitará. Sólo éste puede ser el objetivo de una educación a la altura del reto que examinamos. La educación es la introducción del joven a la realidad en la integridad de sus dimensiones.

3. Recuperar el vínculo con la realidad en todas sus dimensiones

Aunque la pedagogía se sigue ocupando seriamente del fenómeno educativo y en nuestro tiempo los procesos educativos son objeto de atención por parte de los agentes sociales y de las instituciones estatales –baste recordar en la necesidad de elaborar un pacto educativo en nuestras sociedades–, no es fácil encontrar una definición que sea a la vez tan comprensiva y tan sintética como la que ofrecía ya a mediados del siglo XX el teólogo y pedagogo alemán J.A. Jungmann. Define de modo elemental el fenómeno educativo como «una introducción del hombre en la realidad total»¹⁶.

¹⁴ J. RATZINGER, *Fede Verità Tolleranza*, Cantagalli, Siena 2005, p. 143.

¹⁵ J. M. BERGOGLIO – FRANCESCO, *La bellezza*, o.c., p. 12.

¹⁶ «*Eine Einführung in die Gesamtwirklichkeit*»: J.A. JUNGSMANN, *Christus als Mittelpunkt der religiöser Erziehung*, Herder, Freiburg i. B. 1939, p. 20. La propuesta educativa de L. GIUSSANI se ha inspirado en esta definición de Jungmann. La recojo y comento apoyándome ampliamente en la original reflexión pedagógica del gran educador lombardo. Entre sus muchas obras remito a: *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006.

En esta definición el adjetivo *total* tiene un doble valor: se trata, por un lado, de desarrollar las dimensiones de la persona para que alcance su realización integral, y, por otro lado, se trata de que la persona esté en relación con todos los aspectos de la realidad. Realización total de sí mismo en relación con la realidad entera: he aquí el fruto de un proceso educativo correcto, que podemos denominar también «unidad de la persona». Por eso Francisco afirma que «la escuela es sinónimo de apertura a la realidad... ir a la escuela significa abrir la mente y el corazón a la realidad»¹⁷. ¿Qué rasgos principales tiene esta actividad?

A) Como en la relación educativa se pone en juego el hombre a lo largo de todas las fases de su desarrollo respecto a la realidad entera, la educación acompaña al hombre *durante toda su vida*: el hombre estará siempre inmerso en un proceso educativo. El motivo que justifica este carácter permanente de la educación proviene de la *índole propia de la razón humana*, que podemos entender como «conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores». En efecto, el hombre es un buscador infatigable que vive en una tensión de apertura a todos los aspectos de la realidad, intentando comprender sus relaciones entre sí y en su conjunto. En esta búsqueda, el impacto con las situaciones vividas despierta las exigencias de la razón y aviva cada vez más el deseo de conocer la propia vida y la realidad circundante. Dadas estas características de la razón, el hombre no se pacifica mientras no llega a descubrir el significado de las cosas, ya que no hay posesión humana de la realidad si no va acompañada de su significado completo. Mientras realiza cada una de sus acciones, el hombre tiende inevitablemente, aunque muchas veces no lo piense, a un horizonte más amplio y más profundo que le dé el significado completo de aquel aspecto particular en el que está comprometido, como apuntaba magistralmente Dante: «Cada cual concibe confusamente un bien en el cual el alma se complace y lo desea; por lo cual, todos luchan por alcanzarlo»¹⁸. El progreso continuo de las ciencias, de la técnica y de la vida social muestra bien a las claras cómo la actividad humana se ve siempre empujada, en virtud del carácter racional del sujeto, hacia un horizonte de apertura total.

B) El hombre no entra en esta relación con la realidad a partir de cero, por así decir, sino que su punto de arranque es la *tradicón humana* en la que ha nacido y que le ofrece una primera hipótesis de interpretación de cada des-

¹⁷ PAPA FRANCISCO, *Discurso al mundo de la escuela italiana* (San Pedro, 10.05.2014).

¹⁸ DANTE ALIGHIERI, *La divina comedia*. Purgatorio, canto XVII.

cubrimiento que hace al vivir. Se trata, pues, como dice Francisco, de «crear una «red» extensa y fuerte de lazos verdaderamente humanos que... abra confiada y serenamente a la realidad»¹⁹. El joven no está obligado a rehacer trabajosamente por su cuenta cada aspecto de la vida social, científica o humanista, sino que se beneficia de muchos conocimientos de otros que le facilitan su propio e inalienable esfuerzo personal. La tradición aparece pues como un componente ineludible del progreso humano en el conocimiento de la realidad y justifica igualmente la capacidad de recepción crítica frente a la propia tradición y a lo que podemos llamar una mentalidad dominante en cada momento dado.

Existencialmente la tradición se concreta por medio de la relación entre el educador y el educando, teniendo siempre en cuenta que la educación es simultáneamente personal y comunitaria, especialmente si hablamos de la Iglesia. En efecto, cuando nos encontramos ante una personalidad rica en algún aspecto de la vida (un gran deportista o un gran médico, o un gran músico...) pero, sobre todo, cuando se encuentra a una personalidad rica en la sabiduría misma de la vida, se produce esa impresión de novedad que despierta la curiosidad, la atención, el respeto y nos dispone a conocer. La capacidad de apertura a todas las dimensiones de lo real y la exigencia de alcanzar la verdad se ven así facilitadas, porque estos dinamismos se ponen en movimiento ante la provocación atractiva de alguien que aparece a los propios ojos como una *autoridad* en el sentido etimológico del término (*augeo*: incrementar, hacer crecer).

Basten estos rasgos para una definición provisional del fenómeno educativo, que nos permita orientarnos en nuestro recorrido. Para comprender cómo el proceso educativo alcanza su éxito no hace falta mirar tan sólo a los centros educativos de más alto nivel tecnológico o con mejores recursos económicos. La educación puede alcanzar su éxito en situaciones tan sencillas como la que evocaba Albert Camus cuando al recibir el Premio Nobel en 1957, escribió a su maestro, el señor Germain:

Cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza no hubiese sucedido nada de esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de sus

¹⁹ PAPA FRANCISCO, *Discurso al encuentro mundial de Scholas occurrentes* (San Pedro, 04.09.2014).

pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser un alumno agradecido²⁰.

Si cualquiera de los presentes puede evocar una figura de maestro en términos similares comprenderá en un momento cuál es el núcleo del problema educativo.

En este foro podemos decir todavía más. Sólo cuando el maestro al que se sigue es «el único Maestro», entonces la introducción en la realidad es definitiva y la adhesión a Él sacia la exigencia de racionalidad y libertad típica del hombre, con un agradecimiento inefable. La tradición bimilenaria de la Iglesia ha acumulado una experiencia educativa en todos los campos del saber humano de tal manera que, con su vida entera, la Iglesia ha educado, es decir, ha comunicado amorosamente el significado efectivo de la existencia a generaciones de hombres de todos los continentes.

4. El testimonio y su verificación integral

La categoría que mejor expresa esa posición educativa humana y cristiana es la de *testimonio* que nos ilumina desde la experiencia eclesial que vivimos. ¿Cuál es el método con el que el Padre celestial ha querido educar a los hombres, de los que se nos dice que «serán todos discípulos de Dios» (Jn 6,45)? Dios no ha querido comunicarse a los hombres a través de una idea sino que ha elegido darse a conocer a través de la relación con un figura histórica concreta: su Hijo unigénito encarnado por nosotros y por nuestra salvación; es decir, a través del testimonio del Hijo, el testigo fiel y veraz. «La Palabra de Dios no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad». Así se entiende por qué «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Verbum Domini* 11 y *Evangelii Gaudium* 7). Se trata, decía Benedicto XVI a continuación, de un «encuentro» que tiene el carácter de una «experiencia viva», de la que se sigue un «asombro» ante algo que no podría inventar el hombre y por tanto una impresión de «novedad inaudita y humanamente inconcebible».

²⁰ Cf. A. CAMUS, *Carta a M. Germain*, París, 19 de noviembre de 1957. Véase apéndice de *Le premier homme*, Ed. Gallimard (Folio), París 1994, pp. 371-372.

Si Cristo es la Verdad viviente con la que uno se encuentra y le produce asombro y una impresión de novedad, de aquí se sigue el criterio educativo esencial: es imposible separar de manera adecuada «lo que» Él enseña y «cómo» lo enseña o lo propone porque «en el misterio de la encarnación del Verbo, en el hecho de que Dios se ha hecho hombre como nosotros, se da tanto el contenido como el método del anuncio cristiano»²¹. En Jesucristo, por tanto, la Verdad hecha carne ha decidido, a la hora de darse a conocer, pasar a través de la libertad de los hombres. Esto no significa, como es obvio, que la libertad humana constituya la verdad, exponiéndonos al peligro de un relativismo epistemológico. Significa sencillamente que en cada acto del hombre –a la vez un acto de comprensión (teórico) y de acción (práctico)– la Verdad, que es simultáneamente el Bien, interpela amorosamente al yo y le urge a que la reconozca, es decir, le urge a que dé testimonio de ella: «Esto es verdad». Sólo el testimonio, en su consideración más completa puede expresar adecuadamente el encuentro de cada yo con la realidad, y en particular entre el yo y Cristo. En una época como la nuestra sólo el testimonio es digno de confianza, como vio Pablo VI –en la afirmación justamente célebre que ha inspirado el título de esta ponencia: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros, lo hace porque son testigos»²². Por lo que respecta a la tarea educativa, se comprende por qué no se puede realizar si no es mediante la implicación personal y comunitaria: el encuentro del yo con la realidad exige el testigo –que es el origen de la comunidad. La verdad cumplida no se puede comunicar a través del puro contenido material de un curso, y difícilmente en una enseñanza puramente informatizada o tecnológica –por mucho que tales recursos sean irrenunciables. No se puede prescindir de maestros que sean testigos, hombres que educan porque aman.

Para evitar cualquier reducción del testimonio a un mero «buen ejemplo» y conservar todo su alcance como categoría educativa, puede ser útil recordar que el testigo es el tercero (*ter-stis*) que se encuentra entre dos y que, como demuestra el uso jurídico de este término, llama a la libertad de ambos al vínculo con la verdad. Así aparece con claridad la tarea que brota de una auténtica relación entre maestro y discípulo. El maestro está llamado a ser ese tercero –testigo– que mediante su propia experiencia provoca amorosamente la libertad del estudiante para que se ponga en juego personalmente y dé él también testimonio

²¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Plenaria de la Congregación del Clero* (16.03.2009).

²² PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 41.

de la verdad. Entre profesores este dinamismo del testimonio es el camino a seguir. El profesor es testigo permanente, para que en cada acto concreto del estudiante o de otro colega, estos puedan acceder a la verdad. La verdad no como algo que se puede poseer por completo al modo de un objeto sino como una verdad que se «posee respetando una distancia»²³ y que se va adquiriendo a lo largo de una vida.

5. Conclusión

La validez de una propuesta educativa no se puede «explicar de una vez para siempre». Nosotros mismos, que somos profesores, somos llamados a descubrir la verdad de nuestra área del saber y, más radicalmente, la verdad de nuestra propia vida por medio de la realidad que nos sale al encuentro en las aulas, en los centros. Ninguno podemos producirla por entero a partir de nosotros mismos. La verificación de la bondad de este planteamiento no puede consistir en una comparación abstracta entre dos (o varios) sistemas de ideas ya confeccionados, para ver cuál incluye más elementos que los demás y así demostrar su verdad, en un ejercicio de la razón desligado de todo vínculo con la realidad. Se trata, más bien, de introducirse en la realidad, mediante la invitación a comprobar libremente una hipótesis, en el recorrido de un camino humano. Bien lo entendió María Zambrano al describir la educación como un proceso nunca terminado:

Pues una lección ha de darse en estado naciente. Se trata de la transmisión oral del conocimiento de un doble despertar, de una confluencia del saber y del no-saber-todavía. Y esto doblemente, pues la pregunta del discípulo, esa que lleva grabada en su frente, se ha de manifestar y hacerse clara a él mismo. Pues el alumno comienza a serlo cuando se le revela la pregunta agazapada dentro, la pregunta que, al ser formulada, es el inicio del despertar de la madurez, la expresión misma de la libertad. No tener maestro es no tener a quién preguntar y más hondamente todavía, no tener ante quién preguntarse²⁴.

Tener alguien ante quien preguntarse puede ser una forma distinta de aludir al carácter testimonial de la tarea docente, porque el profesor se convierte, en efecto, en ese tercero que posibilita el vínculo entre el estudiante –con sus preguntas– y las posibles respuestas.

²³ Tomo la expresión de L. GIUSSANI, *Realtà e giovinezza: la sfida*, SEI, Torino 1995, p.54.

²⁴ M. ZAMBRANO, *Filosofía y Educación*, Editorial Club Universitario, Alicante 2011, pp. 116-118.

Los resultados de un proceso educativo no se pueden medir exclusivamente en el plano conceptual, aunque sea imprescindible, sino en la totalidad de la acción humana que es a la vez racional y libre hasta el afecto. La libertad no se puede predeterminar sino que se debe ejercitar en cada situación, que se convierte en ocasión de entrar en unidad con el misterio de la realidad.

Puede ser útil para terminar traer a colación un último ejemplo de pasión integral por la realidad, y de profunda conciencia del valor de la relación entre el profesor y sus estudiantes, en este caso en ámbito universitario. Steiner ha dejado unas jugosas anotaciones sobre su experiencia en Chicago, como estudiante y como joven profesor, que ahora transcribo:

La enseñanza y la camaradería, la provocación mutua durante un seminario, han sido mi oxígeno personal. No puedo imaginar mi obra sin ellas. Si me resisto a jubilar me es porque mis alumnos han sido indispensables. Esto es para mí un tesoro [...] El gran maestro está enredado, incluso corporalmente, en el proceso comunicativo y ejemplificador [...] Una universidad digna es sencillamente aquella que propicia el contacto personal del estudiante con el aura y la amenaza de lo sobresaliente. Estrictamente hablando, esto es cuestión de proximidad, de ver y de escuchar... El académico, el profesor, deberían ser perfectamente visibles. Cruzarse a diario en nuestro camino... En virtud de esta contigüidad no forzada, el estudiante, el joven investigador quedará (o debería quedar) infectado. Percibirá el perfume de lo real. Recorro al uso de términos sensoriales porque el impacto puede ser físico [...] Una vez que un hombre o una mujer jóvenes son expuestos al virus de lo absoluto, una vez que ven, oyen, «huelen» la fiebre en quienes persiguen la verdad desinteresada, algo de su resplandor permanecerá en ellos²⁵.

Cuando un hombre ha quedado fascinado por lo que sobrepasa su entendimiento, durante su época de estudiante, y cultiva esa apertura de la razón a la misteriosa profundidad de lo real, puede convertirse, en el contacto personal con sus estudiantes, en un «propagador» de esta beneficiosa fiebre de curiosidad y deseo que alientan toda verdadera actividad educativa. El profesor Steiner enseñaba en la muy bien pertrechada Universidad de Chicago y, sin embargo, no vacila en privilegiar estas dimensiones personales de la docencia antes que la abundancia de recursos materiales. Bien lo sabía Albert Camus al expresar su agradecimiento al señor Germain.

²⁵ G. STEINER, *Errata. El examen de una vida*, Siruela, Madrid ²1999, pp. 57-67.